

Un poema en Copenhague

Sí, una vez más, como siempre, lo mejor está por venir.

—¿En qué estás pensando? ¡Despierta, por favor!
¡Ogre olie, ogre olie! ¡Coño, hombre, vamos, dilo bien!
¡¿O es que ya estás ebrio?! —enojada grita Maiane, sentada sobre mis rodillas, mientras apura la pequeña copa llena de un oscuro y amargo licor danés llamado *ogre olie*, o algo muy parecido.

—Ogreee olie, es eso, ¿no? —respondo, ya borrachín.

Los tres parroquianos que están en el desértico bar nuevamente ríen y comentan con Maiane, que sacude la cabeza y se reacomoda en mis rodillas trituradas para poner énfasis en lo que va a decir:

—¡Hombre, es increíble que no lo puedas pronunciar! ¡Al final de cuentas has resultado ser un tonto!

Ella es una hermosa morocha que, entre sus estudios de filología en español y su deseo de amar, provocó que por tercera vez yo llegara a esta parte de Europa.

El calor que hay dentro del pequeño bar del barrio de Nørrebro, en Copenhague, no tiene nada que ver con el invierno que está llegando al norte del viejo continente.

Afuera, las bicicletas congeladas nos esperan para volver al departamento de Maiane, que desde que me

tiene al lado vive contenta porque puede practicar su español aprendido hace unos años en España.

¿Cómo llegué hasta aquí? Nueve meses atrás desembarqué en Europa, seducido por la dulzura de una parisina. Pero esa es otra historia. Del resto se encargaron el viento, el arte de dejarse llevar y los tragos que la gente dejaba sueltos en una *salsoteca* de Copenhague, donde una cortísima minifalda que exhibía un poderoso cuerpo me tomó de la mano y me puso a dar vueltas en medio de la pista. Luego de un buen rato bailando, sin tener yo mucho control de lo que sucedía, ella, que se llamaba Maiane, me dijo adiós. Cuando logré alcanzarla, la miré a los ojos con cara de cachorro perdido y dije:

—Por favor, llévame contigo.

—Ven, acompáñame —ordenó.

Salimos a la calle y mientras desencadenaba su bicicleta preguntó:

—¿Y cómo hago para llevarte conmigo?

Empecé a buscar soluciones, pero mis aportes eran una bobada tras otra... Hasta me ofrecí a ir corriendo a su lado. Ahí fue cuando me interrumpió.

—Pero mírate, hombre, si no puedes tenerte en pie. Escucha, presta atención. Mañana te espero en esta dirección a las seis de la tarde. Voy a cocinar para ti. ¿Vale? —y me entregó un papelito. Así nos conocimos.

Ella me enseñó los *rincones* de Copenhague, como la sala de cine de Dogma o la comunidad de Cristiania, con sus enormes perros y stands de marihuana y hachís. Del circuito turístico, nada. “A ti esas cosas no

te interesan”, la oí murmurar más de una vez. Y ahora estábamos en un pequeño bar de Nørrebro, empecinados en disfrutar nuestros últimos días juntos.

Maiane, dura y divertida, me dice:

—Bueno, ya que no puedes pronunciarlo, espero que al menos te haya gustado el ogre olie. Me gustaría que recordaras este momento. Algo me dice que esta venida tuya va a ser la última. Y yo no me voy detrás de ti. ¿Sabes qué? Tú posees lo que en India un viajero australiano creyó ver en mí. Tienes un alma de vagar.

—Se dice *alma vagabunda*, corazón —la corrijo cariñosamente.

—Puede ser, puede ser, pero a mí me gusta más *alma de vagar* y no me parece lo mismo, ¿sabes? No importa. Él estaba equivocado conmigo, pero tú sí la tienes. Ese viajero me regaló un poema cuyo... ¿se dice cuyo?, cuyo autor resultó ser un danés. Bueno, estas cosas no son casualidades, ¿verdad? ¡Toma! —me ordena, entregándome una servilleta, el alma y todo lo que tenía para dar—. Escribí el poema para ti.

Al terminar de leerlo, intento sonreír. Reconociendo que me pertenece y para que me acompañe por siempre, lo guardo en el bolsillo trasero del pantalón. Entonces Maiane, involucrando a todos en el pequeño bar, levanta su copa y lanza un vehemente: “¡Venga, hombre, brindemos!”

Es mi turno. Mirándola a los ojos, intentando capturar el momento, también le presento la pequeña copa a modo de brindis y, antes de echármelo, lo digo:

—A tu salud... y por las almas de vagar.

314 páginas después...

Mi única certeza

Ya estaba decidido. Lo mejor era volar a la ciudad colombiana de Cartagena de Indias y de ahí bajar por tierra hasta casa, pero ¿bajar por dónde? La cabeza se me fue y vino mil veces hasta que me di cuenta de que el alojamiento extrañamente estaba en silencio total, así que era una buena oportunidad para sentarme a intentar meditar una vez más. Puse dos almohadas, una arriba de la otra, me senté sobre ellas cruzado de piernas y, tratando por lo menos de mantener la espalda recta al principio, fijé mi atención en la respiración. El silencio y la quietud del cuarto eran mis grandes aliados, pero mi mente dispersa, agitada como siempre, saltaba de aquí para allá, soñando cuál sería mi próxima ruta. No había caso, no avanzaba ni un poquito en la meditación, así que, convencido de que no había forma de parar la cabeza, la dejé fluir y que hiciera lo que quisiera. Y como siempre que uno se deja ir, sucedió: volar a Cartagena para luego ir a la Ciudad Perdida de los indios kogui... Venezuela para ver cuál es con Chávez... la Gran Sabana, subir al Roraima... el salto del Ángel... bajar hasta Manaos... de ahí en barco por el Amazonas hasta Iquitos...

Acostumbrado a no poder enfocarme, me bajé de las almohadas, busqué en la mochila la guía de viajero

de América del Sur y empecé a leer. Pasaron horas. El gran esquema ya estaba pronto. Salí, recorrí agencias de viajes y saqué un pasaje de avión a Cartagena de Indias para la mañana siguiente. Luego comí y volví a mi cuarto a arreglar la mochila, ver el dinero y planificar la llegada a la complicada y seductora Colombia. Revisé el diario de viaje buscando anotaciones y al cerrarlo, en la primera hoja, como si fuera el espíritu de lo allí escrito, reposaba el “Poema de Copenhague” que me había dado en propiedad Maiane. Una vez más lo volví a leer y la melancólica alegría de aceptación que sentí por primera vez en aquel pequeño bar de Copenhague me volvió a invadir. Sí, Maiane tenía razón.